

TERCERA PARTE

I

Como ya hemos dicho, Juan experimentaba un gran consuelo después de haber expulsado de su lado definitivamente á Fatou-Gayé.

Más tarde cuando hubo arreglado en su armario de soldado todo su modesto equipaje que desde la casa de Samba Hamet, había llevado al cuartel, se encontró mucho más libre y más tranquilo.

Le parecía que aquel era su primer paso hácia aquella bendita licencia definitiva para la que solo faltaban ya algunos meses.....

Sin embargo Juan tuvo aún lástima de la negrita y quiso enviarla algún dinero para ayudarla en cualquier determinación que pensara tomar.

Pero como prefería no volver á verla, encargó al spahí Muller de esta comisión.

Entonces Muller se dirigió á la casa de la griota Couran'diaye, pero allí le digeron que Fatou había partido.

—La pobre ha tenido todos estos dias mucha pena

—dijeron las esclavas en yoloff, rodeando al spahí, y hablando todas á un tiempo.

—Por las tardes no quería comer el kouskous que le preparábamos.

—Y por las noches (añadió otra) yo la he oido hablar sola, pero no he podido comprender lo que decía.

Lo cierto era que Fatou había partido antes de salir el sol cargada con sus calabazas.

Una mujer llamada Bafonfale Diop que era la que capitaneaba á las esclavas de Couran'diaye y persona muy curiosa por naturaleza, la había seguido de lejos y la había visto pasar el puente en dirección á N'dar-toute *como quien sabe muy bien á donde vá.*

En el barrio se creía que había ido á pedir asilo á cierto marabout muy rico que vivía en N'dar-toute y estaba enamorado de ella.....

Todavía durante algún tiempo evitó Juan el pasar por el barrio de Couran'diaye.

Después no volvió á pensar más en aquello.

Le parecía que había recobrado su dignidad de *hombre blanco* y el contacto de aquella carne negra, las embriagueces pasadas y la fiebre de los sentidos excitados por el clima de Africa, no le inspiraban al recordarlo, más que un profundo disgusto.

Y se disponía á una nueva existencia de continen-
cia y de honradez.

En adelante viviría en el cuartel como un soldado
formal; haría economías para llevar á Juana Mery
mil recuerdos del Senegal que luego servirían para
adorno de su casa, cuando estuvieran casados. Pa-
ñños bordados cuyos ricos colores serían el asombro
de las gentes de su país y que en su casita les ser-
virían de magníficos tapetes; pendientes de oro de
Galam y una cruz que mandaría hacer expresamen-
te para ella á los mejores artistas negros. Juana se
los pondría para ir á misa los domingos y con segu-
ridad no habría otra en el pueblo que llevara joyas
más bellas.....

Y aquel pobre spahí de aspecto tan formal y grave,
formaba en su cabeza mil proyectos infantiles de fe-
licidad, de vida de familia y de tranquila honra-
dez.....

Tenia Juan por entonces veintiseis años y repre-
sentaba algunos más de edad, como suele suceder á
los hombres que han hecho una vida ruda en el cam-
po, en el mar ó en el ejército.

Aquellos cinco años de Senegal le habían cam-
biado mucho. Sus facciones se habían acentuado y es-
taba más moreno y más delgado; había adquirido un
aire militar y árabe y sus espaldas y pecho habían
ensanchado mucho, aun cuando su talle había per-
manecido delgado y esbelto. Elevaba su fez y retor-

cía su fino bigote negro con una gracia sin igual.

Su fuerza y su extremada belleza inspiraban una
especie de respeto involuntario á cuantos se acerca-
ban á él y generalmente nadie le hablaba ni trataba
como á los demás.

Un pintor hubiera podido, en fin, encontrar en él
un perfecto modelo para representar el tipo de la
hermosura y de la perfección viril.

II

Un día Juan recibió dos cartas de su pueblo bajo
un mismo sobre.

La una era de su madre y la otra de Juana, su
prometida.

CARTA DE FRANCISCA PEYRAL A SU HIJO

»Mi querido hijo:

»Muchas noticias tenemos que darte desde nues-
»tra última carta; pero no te desesperes al saberlas y
»haz como nosotros que tenemos paciencia [y no per-
»demos nunca la esperanza ni la confianza en Dios.

»Empezaré por decirte que no hace mucho, vino
al país un nuevo y joven escribano, el se ñor Próspe-
ro Suirot, á quien no quieren aqui mucho porque no
es bueno para los pobres; pero no se puede negar
que tiene una buena posición.

»Pues bien, este señor ha pedido la mano de Juana
»y tu tío Mery le ha aceptado por yerno. Además de
»todo esto, la madre de Juana ha venido á darnos
»una escena. Dice que ha tomado informes tuyos

»y que no pueden ser peores. Que has tenido ahí,
 »viviendo contigo, una mujer negra y que la has
 »conservado á tu lado contra las observaciones de
 »tus jefes. Que por este motivo no te han concedido
 »ascenso alguno... en fin, muchas cosas, mi querido
 »hijo, que yo no podía creer; pero estaba todo escri-
 »to en un papel impreso que nos ha enseñado y que
 »tenía el sello de tu regimiento.

»La pobre Juana ha venido á refugiarse á nuestra
 »casa, deshecha en lágrimas, diciendo que jamás se
 »casaría con Suirot y que no tendría más marido que
 »tú ó se metería en un convento.

»Te ha escrito esa carta que te envío donde te dice
 »lo que debes hacer. Ella sabe mucho y todo se le
 »ocurre. Haz todo lo que te diga y escribe letra por
 »letra á tu tío lo que ella te mande.

»Dentro de diez meses vas á volver á nuestro lado.
 »Teniendo buena conducta durante ese tiempo y ro-
 »gando mucho á Dios, tal vez todo pueda arreglarse.

»Como puedes pensar, estamos muy tristes, y
 »tememos que su madre prohíba á Juana que vuelva
 »á nuestra casa.

»Tu padre se une á mí, querido hijo, para abra-
 »zarte, y rogarte que nos escribas pronto.

»Tu madre que siempre te adora,

»FRANCISCA PEYRAL.»

Juana Mery á su primo Juan

«Mi querido Juan: estoy tan triste que desearía
 »morirme.

«Mis padres, de acuerdo con mi padrino, quie-
 »ren casarme con ese Suirot, de quien ya te he ha-
 »blado.

«Me marean á fuerza de decirme que es rico y que
 »me hace mucho honor al querer casarse conmigo.
 »Yo lo oigo como quien oye llover, y me estropeo los
 »ojos á fuerza de llorar.

«Mi querido Juan, soy muy desgraciada, porque todo
 »el mundo está contra mí. Olivette y Rosa se rien al
 »verme siempre con los ojos encarnados. Creo que
 »ellas desearían casarse con Suirot, si él las hubiese
 »elegido; pero yo sólo de pensarlo siento miedo y no
 »me casaré con él jamás, pues si me hacen llegar
 »hasta ese punto, me escaparé para entrar en el con-
 »vento de San Bruno.

«Si siquiera pudiera ir á tu casa cuando quisiera
 »me consolaría hablando con tu madre, pues ya sabes
 »que la quiero como si fuera su hija; pero ya me han
 »reñido varias veces porque voy mucho, y si sigo
 »yendo, temo que me lo prohiban.

«Mi querido Juan, es necesario que hagas todo
 »lo que te digo. Sé que dicen cosas muy malas de tí,
 »y me figuro que las hacen correr con el sólo fin de
 »que yo te olvide; pero no creo una palabra de to-
 »dos esos cuentos, y como te conozco muy bien, y

Su tío permanecía inflexible; pero Juana seguía resistiendo, y en las cartas de la vieja Francisca, sabía siempre añadir algunas frases de esperanza y de amor para su prometido.

Juan no desesperaba, sino que por el contrario, estaba persuadido de que en cuanto llegara al país, todo se arreglaría fácilmente; así que se recreaba más que nunca, forjándose deliciosos proyectos.

Después de cinco años de destierro, la vuelta á su país le parecía la apoteosis de la felicidad.

Deseaba por momentos que llegara tan soñado instante, y ya se figuraba subir con su uniforme de spahi á la diligencia de su pueblo... ver reaparecer los Cevenes, las conocidas siluetas de sus montañas ya carretera donde tanto había jugado, el lindo campanario, y por fin, su cabaña querida... Después... después poder estrechar entre sus brazos con alegría delirante aquellos dos cuerpos tan viejos y tan amados...

Luego, los tres juntos irían á casa de los Mery... En el pueblo, viejos y jóvenes, saldrían á las puertas para verle pasar con su uniforme extranjero y su aspecto africano...

Enseñaría á su tío sus galones de sargento, que por fin había conseguido hacía unos días y cuyo efecto sería irresistible... Después de todo no era malo su tío; en otro tiempo le había reñido mucho, pero también le había querido; Juan se

acordaba muy bien de esto. (De lejos en el desierto se ve siempre bajo muy buen aspecto á los que han quedado en el hogar; se los recuerda afectuosos y buenos y se olvidan por completo sus defectos.) Así, pues, consideraba Juan imposible que su tío no se enterneciese al ver delante de él á los que querían ser sus dos hijos que le suplicaban juntos.... ¡Vaya si se enternecería!... y entonces pondría la mano de Juana agitada y temblorosa en la del feliz spahí...

¡Oh qué dicha!... ¡qué vida tan hermosa y tan dulce!... ¡que paraíso en la tierra!.....

.....
Había entre sus sueños un punto en el cual Juan no quería detener su pensamiento, pues le era muy desagradable.

Era este punto el tener que vestirse como los hombres de su pueblo y que cubrir su cabeza con el modesto sombrero que usan los montañeses.

Le parecía que, bajo aquel traje, no sería ya el arrogante spahí.

Cubierto con el rojo uniforme había aprendido lo que sabía de la vida; en el suelo de Africa se había hecho hombre, y aunque no lo notase, amaba todo esto; amaba su fez árabe, su sable y su caballo... y lo que es más, amaba aquel inmenso país maldito y su desierto abrasado.....

Juan no sabía qué amargas decepciones esperan muchas veces á los marinos, á los soldados y á los spahis, cuando vuelven á ese pueblo tan soñado que han dejado siendo aún niños y que de lejos veían á traves de tan encantadores prismas.

¡Ah!... ¡Cuánta tristeza y cuánta monotonía encuentran á veces en el soñado país esos pobres desterrados!

Y muchos, muchos spahis como él aclimatados, enervados en la tierra Africana, han llorado al recordar las desoladas riberas del Senegal.

Entónces, cuando se está acostumbrado á ellas, y ya no se tienen, se echan de menos muchas cosas; las largas jornadas á caballo, la vida libre, el exceso de luz y los desmesurados horizontes.

En medio de la tranquilidad del hogar se siente algo como la necesidad de un sol devorador y de un calor sofocante, y el alma se siente invadida por la nostalgia de las arenas del desierto.

IV

Entre tanto Boubakar-Segú, el gran rey negro, hacia de las suyas en el Diambour y en el país de Djigabar.

En todos los círculos oficiales de San Luis se hablaba de una nueva guerra.

Este asunto era comentado y discutido de mil ma-

neras entre los soldados, spahis, tiradores y tropas de infantería de marina

Aquellos eran los rumores del día y cada uno hablaba de sus deseos y esperanzas de ganar entonces el ascenso, una medalla ó un grado.

Juan, que como sabemos, iba á terminar su servicio, se prometía ganar allí todo lo que había perdido por su pasada conducta.

Ya se veía, ostentado en el ojal la cintita amarilla que alcanzan los valientes, la medalla militar.

Quería despedirse del país negro ejecutando algún acto de valor que dejara su nombre eternamente escrito en aquel barrio de los spahis, donde tanto había vivido y sufrido.....

Entre los cuarteles, la comandancia de marina y el gobierno había durante todo el día un rápido cambio de correspondencia.

Los spahis veían llegar de continuo grandes pliegos sellados y lacrados que excitaban su curiosidad y los hacían soñar.

Esperaban el momento de una expedición larga afilando sus sables de combate y ordenando sus municiones entre frases de valor, vasos de ajeno y alegres bromas.

V

Estamos en los primeros dias de Octubre.

Juan, que circulaba orden desde por la maña-

na para entregarla á derecha é izquierda tenía que ir en último lugar al palacio del Gobierno para llevar un gran sobre oficial.

En la ancha calle tan sola y tan triste como una de Thebas ó de Memphis, vió venir hacia él iluminado por la fuerza del sol á otro hombre vetido de rojo que le enseñaba una carta.

Entonces Juan tuvo un presentimiento triste; sintió un temor vago, y apresuró el paso.

Era el sargento Muller que llevaba á los spahis el correo de Francia llegado hacia una hora de Dakar.

—Toma Peyral... esto es para tí, le dijo tendiéndole una carta en cuyo sobre se veía el timbre de su querido pueblo.

VI

Aquella carta que Juan esperaba hacía un mes le quemaba las manos y temblaba á la sola idea de leerla.

Resolvió acabar primero su misión y leerla después.

Llegó á la verja del Gobierno, cuya puerta estaba abierta, y entró.....

En el jardín se notaba la misma animación que en la calle.

Una gran leona domesticada se estiraba al sol haciendo movimientos y monerías de gata enamora-

da. Algunos avestruces dormían en el suelo junto á los rígidos y azulados álces

No se veía á nadie y reinaba allí el silencio de la muerte.

Sobre las grandes y blancas terrazas, las palmeras dibujaban sus sombras inmóviles.

Juan, buscando gente, llegó hasta unas oficinas donde encontró al gobernador hablando con diferentes jefes del servicio colonial.

Allí, ¡cosa extraordinaria! se trabajaba con animación y parecían discutirse cosas graves en aquella hora tradicional en el Senegal del reposo y de la siesta.

En cambio del pliego que llevaba Juan le dieron otro dirigido al comandante de los spahis.

Era la orden definitiva de ponerse en marcha que aquella misma tarde fué comunicada á todas las tropas de San Luis.

Cuando Juan se encontró en la solitaria calle no pudo contenerse y abrió su carta temblando.

Aquella vez solo encontró la letra de su pobre madre... letra más temblorosa que nunca y medio borrada por las lágrimas.

Juan devoró aquellas líneas y se llevó las manos á la cabeza, teniendo que apoyarse contra el muro para no caer.....

Según había dicho el gobernador el pliego entregado á Juan era cosa urgente.

El spahi besó pues con piadoso respeto la firma de su madre y siguió su marcha tamba leándose como si estuviese borracho.....

.....
 ¿Era posible?... ¿Había acabado todo para siempre?

Al pobre spahi le habían robado su prometida... ¡Su prometida de la infancia, la que sus padres le habían elegido!.....

.....
 Las amonestaciones se han publicado ya y la boda tendrá lugar antes de un mes.

«Ya hace tiempo que venía yo sospechando que al fin sucedería esto pues desde hace un mes Juana no ha vuelto á vernos; pero no me he atrevido á decirlo hasta hoy por no atormentarte y en vista de que nada podíamos hacer.

»Estamos en medio de la mayor tristeza, querido Juan, pues tu padre ha pensado ayer una cosa que nos asusta y es que tal vez desesperado, no quieras volver al país y te quedes en Africa.

»Los dos somos muy viejos, mi querido Juan, y tu pobre madre te pide de rodillas que no por esta desgracia que nos ha ocurrido, dejes de venir cuanto antes puedas pues te esperamos impacientes.

»Si no lo haces así, yo prefiero la muerte y tu padre también.....

Tumultuosos é incoherentes pensamientos se agolpaban á la cabeza de Juan.

El joven calculó rápidamente las fechas... No, aún no había concluído todo... Todavía aquel matrimonio no era un hecho... Podría recurrir al telégrafo... ¿Pero en qué estaba pensando? Entre Francia y el Senegal no había telégrafo y aunque le hubiese habido ¿Qué hubiese podido decirles?

Si al menos él hubiese podido partir inmediatamente para ver si conseguía llegar á tiempo, arrojarse á sus pies, con súplicas, con lágrimas, tal vez hubieralogrado enternecerles... Pero ¡ay! no tenía libertad... y además estaba tan lejos .. ¡Dios mío! ¡que imposibilidades!... ¡Que impotencia!... Todo, todo habría concluído antes que él pudiera enviarles siquiera un grito de dolor.

Y le parecía que una pesada maza golpeaba sus sienes y su cabeza, y que una mano de hierro oprimía su corazón.

Se detuvo de nuevo para volver á leer la carta, y después recordando que llevaba una orden urgente que entregar, la guardó y echó á andar apresuradamente.....

Todo al rededor de Juan respiraba esa calma silenciosa y triste que reinaba en el Senegal á las horas del medio día.

Las antiguas casas moriscas se alineaban todas correctamente ostentando su deslumbradora blancura bajo el intenso azul del cielo.

A veces, al pasar se oía detrás de sus muros de ladrillo, la canción quejumbrosa y soñolienta de alguna negra.

O bien en el umbral de alguna puerta, se veía el lindo cuerpo de un negrito como el ébano que dormía presentando al sol su barriga, completamente desnudo, llevando al cuello una sarta de coral y marcando con su cuerpo una mancha oscura en medio de aquella uniformidad de claridad y de luz.

Un lejano ruido de morteros, que molían el *kous-kous*, monótono y regular como el mismo silencio, llegaba de Guet-n'dar amortiguado por las capas cálidas y pesadas de la atmósfera del medio día.

Aquella tranquilidad de la naturaleza abatida y cansada, parecía contribuir á la exaltación del pobre Juan y á amargar su dolor.

En aquel momento, aquel país le hizo el efecto de una gran tumba.

El pobre spahí despertaba de un largo sueño de cinco años y sentía una inmensa indignación, ¡indignación contra todo y contra todos!

¿Por qué le habían arrancado de su país, del lado de su madre? ¿Por qué le habían llevado en los mejores años de su vida á vivir á aquella tierra maldita?... ¿Con qué derecho habían hecho de él ese ser desgraciado á quien llaman spahí, desheredado de la suerte, desterrado de su patria, olvidado de todos ¡y, por fin, abandonado, despreciado por su prometida?...

Juan sentía una rabia desesperada en su corazón. No podía llorar y hubiera necesitado apoderarse de algo ó de alguien para torturarlo, destrozarlo, y hacerle añicos entre sus robustos brazos...

Y nada, nada á su alrededor más que el silencio, el calor y la arena.

¡Ay!... ¡estaba sin un amigo en aquel país, sin un compañero á quien poder confiar sus penas!...

¡Dios mío, Dios mío! ¡qué solo y que abandonado estaba en el mundo!

VIII

Juan llegó al cuartel y entregó el pliego que le habían confiado.

Después salió apresuradamente y emprendió una carrera rápida y sin objeto... Era su manera de mitigar el dolor...

Pasó el puente de Guet n'dar y se dirigió hacia la punta de Berbería como aquella noche en que, desesperado, había salido cuatro años antes de casa de Cora...

Pero su desesperación de entonces era la de un niño á quien se le ha roto un juguete, mientras que la de ahora, era la desesperación profunda y sombría de un hombre que ve rota, destrozada su vida.

Estuvo mucho tiempo andando hacia el sur, perdiendo de vista á San Luis y los pueblos negros, y por

fin se sentó estenuado al pie de un montículo de arena que dominaba el mar.

Sus ideas se confundían y estraviaban. El calor de aquel día había contribuido á trastornarle.

Notó que nunca había estado en aquel sitio y paseó una mirada distraída á su alrededor.

Aquel montículo, estaba todo herizado de estacas que ostentaban inscripciones en la lengua de los sacerdotes del Maghrel.

Por el suelo se veían algunos osamentos desenterrados por los chacales.

Se veían también algunas matas de verdura, como perdidas en medio de aquella aridez absoluta.

De trecho en trecho, se elevaban otros montículos fúnebres, cuyo aspecto lúgubre se destacaba en la inmensa llanura.

Por la playa se paseaban grandes bandadas de pelicanos de un blanco rosado, á los cuales el espegismo crepuscular prestaba á lo lejos formas singulares de dimensiones inverosímiles.

El sol había ido ocultándose en el Océano y soplabá un viento más fresco.

Juan sacó la carta de su madre y empezó á leerla.....

Estamos en medio de la mayor tristeza, querido Juan, pues tu padre ha pensado ayer una cosa que nos asusta, y es, que tal vez desesperado no quieras volver al país y te quedes en Africa.

»Los dos somos muy viejos, mi querido Juan, y tu pobre madre te pide de rodillas, que no por esta desgracia que nos ha ocurrido, dejes de venir cuanto antes puedas, pues te esperamos impacientes. .

»Si no lo haces así, yo prefiero la muerte y tu padre también.».....

Entonces el pobre Juan sintió que su corazón se desgarraba... Amargos sollozos agitaron su pecho y toda su indignación se deshizo en lágrimas.....

IX

Dos días después todos los navíos de la marina necesarios para la expedición estaban agrupados en el norte de San Luis, en el recodo del río, junto á Pop-n'kior.

El embarque de las tropas se verificó en medio de una gran aglomeración de gente.

Todas las familias de los tiradores negros, mujeres y niños, llenaban los ribazos y aullaban al sol como locos.

Algunas caravanas de moros, que venían del fondo del Soudan con sus camellos, sus sacos de cuero, y sus hermosas y jóvenes mujeres, se formaban en apretados círculos para presenciar el espectáculo de la salida de las tropas.

Hacia las tres, toda la flotilla que debía subir el río hasta Dialde se puso en movimiento con su cargamento de hombres y partió bajo un calor atroz.

X

San Luis se alejaba... Sus líneas regulares iban borrándose poco a poco.

De cada lado del río, se estendían hasta perderse de vista, grandes e insalubres esplanadas desiertas, eternamente abrasadas, eternamente tristes y abandonadas...

Y eso que aquellas llanuras no eran más que la entrada de ese gran país olvidado de Dios... el vestíbulo de las grandes soledades africanas.

Juan y los demás spahis se habían embarcado en la *Faleme*, que marchaban a la cabeza y debía muy pronto tomar un adelanto de dos días.

En el momento de partir, Juan había contestado apresuradamente a la vieja Francisca.

El pobre joven, después de muchas reflexiones había decidido no escribir nada para su prometida.

En aquella carta a su madre, había puesto toda su alma para consolar a la pobre anciana y devolverla la tranquilidad y la esperanza.....

«Así como así (había escrito) *ella*, era demasiado rica para nosotros . Ya encontraremos en el país al-

guna otra muchacha que me quiera; arreglaremos para habitarla nuestra casita vieja y así estaremos más cerca de vosotros.

»Mi único pensamiento, queridos padres, es el del día feliz en que pueda volver a veros.

»Dentro de tres meses estaré de vuelta y os juro que ya nunca, nunca me separaré de vosotros.....

Al decir esto el pobre spahí, decía en efecto la verdad, pues su único pensamiento eran sus padres...

¡Pero ay! lo que no era cierto, era su afectada tranquilidad al hablar de compartir su existencia con otra que no fuera su adorada Juana...

Aquel dolor había venido a amargar todas las alegrías... aquel tristísimo pensamiento arrojaba un negro velo sobre el risueño cuadro de la vuelta al hogar...

Por más esfuerzos que hacía para animarse, sentía que su vida no tenía objeto ya, ni aspiraciones, y que delante de él, el porvenir se había cerrado para siempre...

A su lado, en el puente de la *Faleme* estaba sentado el gigante Nyaor-fall, el spahí negro, al cual nuestro spahí había confiado su pena, como a su fiel y único amigo.

Nyaor, no podía explicarse aquellos sentimientos pues él no había amado jamás.

A la sazón vivía con tres mujeres compradas y pensaba venderlas cuando hubiesen cesado de gustarle.

Sin embargo, veía claramente que su amigo Juan era desgraciado, y le sonreía con dulzura recitándole, para distraerle, cuentos negros capaces de hacer dormir á una piedra.

XI

La flotilla subía el río con toda la rapidez posible, siendo amarrada á la puesta del sol y volviéndose á poner en marcha en cuanto despuntaba el día.

En Richard-tall, el primer puesto de guerra francés, se habían embarcado aun más hombres, más negros y más materiales.

En Dugana se detuvieron dos días, y la *Faleme*, recibió orden de continuar sola su camino hacia Podor, que era el último puesto, antes de llegar al país de Galam, donde algunas compañías de tiradores estaban ya reunidas.

XII

La *Faleme* seguía caminando por el río á través del inmenso desierto, internándose rápidamente en el interior.

Cruzaban nuestros viajeros esa parte del río estre-

cha y de aguas amarillentas que separa el Shara, del gran continente misterioso, habitado por los hombres negros.

Y Juan, miraba melancólicamente las soledades que pasaban ante sus ojos, siguiendo el horizonte que huía y la cinta sinuosa del Senegal que se perdía detrás de él en lontananzas infinitas.

Aquellas llanuras malditas se estendían sin fin ante su vista, cansándole una impresión penosa, una indefinible opresión en el corazón, como si á medida que iba internándose en aquel país, el camino que había andado se hubiera cerrado para él y ya nunca, nunca hubiese podido volver sobre sus pasos.

En las tristes riveras se veían de cuando en cuando grandes buitres negros semejantes á siluetas humanas.

Alguna vez un mono curioso separaba las malezas para mirar como pasaba el barco, ó bien de entre el ramaje, salía una fina crestecita blanca de algún precioso pájaro, que ostentaba en sus alas las delicadas tintas de la esmeralda y la turquesa, cuyo vuelo despertaba á algún caiman perezoso, dormido en el cieno.

En la rivera del sur (la rivera de los hijos de Cam) se veía de trecho en trecho algún pueblecillo, perdido en aquella inmensa desolación.

La llegada á aquellos lugares habitados por hombres, era siempre anunciada desde muy lejos por